

dero Mesías, al Hijo de Dios Salvador de la humanidad, prosternémonos al pié de su Cruz santa, y ofreciéndole homenajes de gratitud por lo que padeció por nuestro rescate así como á la purísima María, por lo que á esta obra cooperó con sus dolores y grandes padecimientos, permanezcamos siempre en el seno de la religion salvadora, y si el espíritu filosófico, si el escepticismo moderno nos llama para que sigamos las sendas del error, contestemos con fé: Jamás nos apartaremos de Jesucristo, le amaremos en la tierra, para alabarle despues por siempre en las mansiones del cielo. *Amen.*

## SERMON

### PARA EL CUARTO DIA DE NOVENA.

---

*Et clamans voce magna Jesus ait. Pater, in manus tuas commendo spiritum meum: et hæc dicens, spiravit.*

Y Jesus dando una gran voz dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu; y diciendo esto, espiró.

Luc. cap. XXIII, v. 46.

Habiase consumado, mis amados oyentes, la grande obra de la Redencion de la humanidad; el mansísimo Cordero de Judá habia sido sacrificado entre las mayores afrentas y tormentos: Aquel que habia dicho á sus discípulos: *El Hijo del Hombre será entregado á los gentiles, y será escarnecido y escupido; y despues que le azotaren le quitarán la vida, y resucitará al tercero dia, se hallaba ya pendiente de la Cruz.* Todos los vaticinios se habian realizado, y el Príncipe de eterna paz se presenta ya elevado entre el cielo y la tierra, ofreciéndose hostia purísima por la salud del hombre. Fué vencida la soberbia, y humillado el príncipe de las tinieblas. Jesus sufre las mayores agonías; las agonías de la muerte y de una muerte tan cruel; pero su corazon se hallaba satisfecho, y su pensamiento fijo esta-

ba en la humanidad. El Eterno Padre habia aplacado su justa cólera contra el hombre; la justicia y la paz se abrazaban y daban un ósculo de amor. La sangre del Cordero habia corrido á torrentes, borrando la escritura de la maldicion de los humanos. Todo en el Calvario presentaba un aspecto aterrador; densas tinieblas cubrian la tierra, y la naturaleza con el espectáculo que presentaba parecia llorar la muerte del Redentor.

El que por todas partes habia ido haciendo bien, y dispensando beneficios; el que daba su vida por el hombre; el que no teniendo mas que darnos, nos dá momentos antes de su muerte, á su misma Madre, no le resta ya otra cosa que exhalar el postrer aliento. *Todo está ya consumado*, dijo: ya he cumplido la voluntad de mi Eterno Padre; ya he redimido á la humanidad con el sacrificio de mi vida que voluntariamente he querido ofrecer. *Todo está consumado*, la Justicia de mi Padre satisfecha, y el hombre es salvo. Ya Jesucristo habia apurado hasta las heces el cáliz de la amargura; habia sufrido todo género de tormentos, y la fiera pócima del pecado estraia de sus venas las últimas gotas de su Divina Sangre. Entonces dando una gran voz esclama: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, y diciendo esto, espiró: *Et clamans voce magna Jesus ait: Pater: in manus tuas commendo spiritum meum: et hæc dicens spiravit.* Ha hecho ya Jesucristo cuanto podia hacer por la humanidad; siendo poderoso, no pudo hacer mas; cargó sobre sí al revestirse de nuestra naturaleza con todas nuestras miserias excepto el pecado; se ha sacramentado para permanecer por siempre en nuestra compañía; se dejó prender por sus enemigos: ha sido injuriado en los tribunales de los hom-

bres; ha sido tratado como malhechor, y ha muerto para darnos la vida.

¿Qué resta ya en el Calvario, en aquel lugar santificado con la sangre del Dios hombre? Los verdugos se retiran, y aquella chusma infernal que se va alejando prorrumpe todavía en denuestos contra la Santísima Víctima; pero allí al pié de la Cruz está firme la Madre de Jesus. Esta mujer llena de valor, esta heroína la mas fuerte que conocieran los siglos, ha escuchado una por una todas las palabras que formaron el último testamento del Hijo de sus entrañas; ha presenciado sus tormentos, le ha visto verter su sangre, le ha contemplado en su agonía, y ha oido aquellas afrentosas palabras, injurias y blasfemias con que habian baldonado su divina inocencia. Por último, ha recogido su postrimer aliento, y le ha visto espirar.

Ved, mis amables oyentes, el punto de nuestras meditaciones en esta tarde. El dolor que traspasaria el alma de María al escuchar los insultos y blasfemias que la chusma judáica dirigia á su Divino Hijo, y el tormento que experimentar su corazon al verle espirar en el árbol de la Cruz. Despues que hayamos desenvuelto esta idea, continuaremos nuestras pruebas de religion, demostrando que los milagros efectuados por Jesucristo durante el tiempo de su predicacion, son una demostracion clara y tangible de su divinidad.

No creo sea necesario recomendaros atencion y recogimiento, cuando de tamaña importancia es el asunto. Supliquemos los auxilios de la Divinidad por la intercesion poderosa de la Santísima Virgen, saludándola para ello con el mayor afecto de nuestros corazones. *Ave María.*

## PRIMERA PARTE.

El real profeta David habia visto en lontananza y divinamente inspirado la terrible escena del Calvario, que viene siendo objeto de nuestras meditaciones en estos dias. «Horadaron, dice, mis manos y mis piés: contaron todos mis huesos, y ellos me estuvieron observando y mirando; se repartieron mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes (1)». Subid, mis amados oyentes, con vuestra consideracion al Gólgatha: fijad vuestra vista en el mansísimo Cordero de Judá que se os presenta pendiente de una Cruz; observad su bendito Cuerpo hecho una llaga de los piés á la cabeza; contemplad sus manos y sus piés heridos horribilmente por los clavos que le aprisionan al sagrado Madero, y en suma fijad vuestras atenciones en aquellos verdugos que echan suerte para ver quien se habia de apropiarse sus vestiduras, y vereis claramente cumplido el vaticinio. ¿Por qué, Redentor amorosísimo, os contemplamos en tan triste estado? ¿Por qué os habeis dejado tratar con tanta inhumanidad cual si fuerais el mas criminal de los mortales, siendo como sois la misma inocencia? Mas yo no sé en verdad á que dirijo estas preguntas á la sagrada Víctima del Calvario. Sin sus dolores, sin sus tormentos, sin su muerte, en vano hubiera esperado el mundo la dicha de la reconciliacion. Venció el Leon de Judá; el tiránico imperio de las huestes infernales ha sido conquistado por el fuer-

(1) Foderunt manus meas et pedes meos; dinumeraverunt omnia ossa mea. Ipsi vero consideraverunt et inspexerunt me; diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem. Ps. XXI. v. 17-19.

te de Israel; ha triunfado el Hijo de Dios y de María del soberbio Amalec. Pero como en nada se asemeja á los conquistadores de la tierra, no ha llevado por trofeo de sus victorias la desolacion y el esterminio de los pueblos; no ha salpicado sus laureles con la sangre de inocentes víctimas. Sin otras armas que su amor ha conseguido sembrar una doctrina que concluirá con la idolatría, sin haber ambicionado otra grandeza, ni otra corona que las humillaciones y desprecios de la Cruz.

¿Le veis, amados míos, pendiente del Madero santo? Pues no le mireis con horror, como el romano y el gentil; la cruz es el carro de triunfo en que entra victorioso en la hermosa y eterna Jerusalem; ella es la que tremolada á vista de las naciones convoca á todos los hombres para que agrupados en torno suyo, alcancen la posesion del reino feliz que le ha conquistado con su sangre.

Jesús se halla en el trance de su agonía; la sinagoga ha llevado á cabo su obra de iniquidad; pero esos brazos abiertos del Salvador nos están llamando á sí; su corazón es todo nuestro; su único deseo que hagamos fructuosa para nosotros, por nuestras buenas obras, su muerte. En adelante los príncipes de Zabulon, de Judá y de Meptalí formarán su corte, y el incensario y la espada le rendirán vasallaje, viendo vencidos á los Asirios é Idumeos.

Quisiera en verdad, que no pesara sobre mí el cargo de hablaros tantos dias continuados de la trágica escena del Calvario; mi corazón se estremece al solo recuerdo de la barbarie y crueldad del deicida pueblo; pero me consuela el saber que ya subió Jesucristo á los cielos; y su sangre mas pura que la de Abel, y las

humillaciones de la Cruz, y sus terribles tormentos, y su ignominiosa muerte son la mejor garantía de nuestra reconciliación. Todo está consumado; realizada la Redención humana no se pasará más la ira del Omnipotente sobre las ruinas de la humanidad; ni la tierra se verá anegada por nuevos diluvios, ni el hombre dejará siempre de alcanzar misericordia; porque Jesucristo sacrificado en el Calvario, se sacrificará diariamente en las aras del altar de un modo incruento, y hasta la consumación de los siglos la preciosa Sangre del Salvador subirá hasta el trono del Eterno Padre en olor de suavidad, y en virtud de ella descenderá siempre sobre la humanidad, gracia y bondad.

Pero no nos separemos del objeto de nuestras meditaciones, y contemplemos con espíritu verdaderamente cristiano la agonía y muerte que por nosotros y por nuestra salud sufre el Divino Jesús, acompañando á aquella purísima Virgen que le había concebido en sus entrañas, y que sufre la honda pena y el agudísimo dolor de presenciar sus terribles agonías.

Jesús sufre de un modo extraordinario; su pecho levantado; sus labios cárdenos; sus ojos hundidos y eclipsados por la proximidad de la muerte; lo fatigoso y ronco de la voz con que ha pronunciado sus últimas palabras, todo indica, y dá á comprender que se halla en los últimos momentos de su vida: su bendita Madre que permanece inmóvil al pié del Leño santo, padece una angustia imposible de describir; su alma se halla atravesada con aquella penetrante espada de dolor que un día le vaticinára el anciano Simeon; pero tantos dolores y tormentos consiguen una eterna alianza entre Dios y el hombre; los descendientes del padre prevaricador pueden darse la enhorabuena, por-

que ya vuelven á adquirir el derecho que perdieron por el pecado al reino de los cielos; libres ya de la esclavitud del demonio y de las funestísimas consecuencias de la culpa, pueden respirar tranquilos, viendo vencidos á sus contrarios.

Postrados nosotros ante el agonizante Jesús, procuremos como el Apóstol no gloriarnos sino en su Cruz: *Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesuchristi* (1).

Aquella raza de víboras que había conducido á Jesús al Calvario, y que tan inhumanamente le había crucificado, no se había aun dado por satisfecha. Cualquiera reo por grandes que sean los crímenes que le conducen al suplicio, es en él objeto de compasión. Pues ni aun esta compasión hubo para Jesucristo. Pendiente se hallaba de la Cruz y le eran dirigidas las más afrentosas palabras, injurias y blasfemias. Y María las escuchaba, sin desplegar sus labios más que para elevar al cielo los más hondos suspiros. ¡Ah! Que la paciencia del príncipe de Hus queda como eclipsada á vista de la de María en estos momentos: asida fuertemente al Leño sacrosanto de nuestra reparación, se muestra heroicamente resignada. Pero se acerca el momento supremo en que van á terminar los padecimientos del divino Salvador. En el reló de la eternidad suena la hora señalada, y Jesús haciendo un nuevo y último esfuerzo, abre sus labios, y dando una gran voz esclama: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu: y diciendo esto, espiró: *Et clamans voce magna Jesus ait: Pater, in manus tuas commendo spiritum meum: et hæc dicens, spiravit*. María recoge su

(1) Ad Galat. cap. VI. v. 14.

último suspiro. Esta criatura de una fortaleza mas que humana, habia presenciado todos los tormentos que sufriera su amantísimo Hijo: habia llevado con resignacion cuantas afrentas y malos tratamientos recibiera por la salvacion de los hombres. A su santísima penetracion no habia pasado desapercibido ni el mas leve golpe, ni la mas mínima injuria: en todos los tormentos de Jesus habia tomado parte, sufriendo en su corazon quanto aquel en todas las partes de su sacratísimo cuerpo. El amor de Madre y Madre del Redentor la habia sujetado al pié de la Cruz; aquel Dios Omnipotente hecho hombre, en su seno virginal; aquel bienhechor de la humanidad que tantos beneficios habia dispensado á las criaturas, aplaudido antes por los muchos que escucharan su celestial doctrina, y perseguido encarnizadamente por los doctores y maestros de la ley de Moisés, era el objeto de las meditaciones de aquella Madre de su único Hijo, hermoso entre todas las criaturas: *Dilectus meus candidus et rubicundus* (1). Era necesario mas: dispuesto estaba que esta Virgen soberana, apurase el cáliz del dolor, y lo apura en efecto al ver espirar al Hijo de sus entrañas entre tantos tormentos y agonías. ¡Ah! Que la Virgen Madre del Redentor es verdaderamente un portento de la gracia. Con razon esclama un dia en presencia de su parienta Isabel, cuando llevaba en su seno virginal á su divino Hijo: «El Todopoderoso hizo conmigo cosas grandes: *Fecit mihi magna, qui potens est.*» Si, amados fieles, en María todo es grande y extraordinario. En el Calvario presenciando la agonía de su Hijo santísimo y recibiendo su último

(1) Cant. cap. V, v. 10.

suspiro, es verdaderamente un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

Saludemos, pues, con el mayor afecto y un espíritu de verdadera compasion á esta Madre Dolorosa, primicia de la restauracion de la humanidad (1) y escala divina que une la tierra con el cielo (2). Por ella, pues, que nos dió al Redentor recobramos nuestra antigua dignidad y perdida grandeza: por esto la aclamamos Reina (3). Saludémosla pero con un espíritu verdaderamente cristiano. Que no tenga motivo para quejarse de nosotros, diciendo: *Audierunt quod ingemisco ego, et non est qui consoletur me*: Han oido que estoy gimiendo y no hay quien me consuele (4). No abandonemos el Calvario buscando en los deleites mundanos, en los bienes perecederos, y en todo género de distracciones, el alivio de nuestras adversidades. Por el contrario, busquemos nuestro consuelo en Jesus Redentor y en María Co-Redentora; la pasion y muerte del Hijo y los dolores de la Madre, sea siempre objeto de nuestras meditaciones, medio seguro de aborrecer la culpa, y demostrar nuestra gratitud por los bienes que hemos recibido. De este modo nos portaremos como verdaderos cristianos y fervorosos devotos de la Santísima Virgen, acreedores á recibir sus bendiciones.

Continuemos ahora nuestras pruebas de Religion,

(1) *Salve sis, reformationis nostræ primitiæ.* S. And. Cret., sermon II de Nat. Virg.

(2) *Scala cælestis, perquam supremus Rex humiliatus ad ima descendit, et homo, qui prostratur jacebat, ad superna exaltatus ascendit.* S. Ped. Dam., serm. III de Nat. Deip.

(3) *Reginam te glorificamus, qui unam tecum gloriam habemus, qui tuis gloriamur divitiis, qui per te antiquam recepimus dignitatem, tuaque delectamur pulchritudine.* Jacob. Monach., Orat. in Nat. B. M. V.

(4) Thren. cap. VI, v. 21.